

De habla y de fábula

Hablar con propiedad

Fernando Gracia Guía

Recordar dos películas como *My Fair Lady* y *El discurso del rey* sirve para mostrar lo importante que es hablar correctamente.



Óscar Baiges

El profesor Higgins es capaz de distinguir incluso el barrio de procedencia de cualquier ciudadano simplemente al oírle unas pocas expresiones. El lenguaje es no solo su profesión sino también su obsesión. Ni tiempo ha dedicado a las mujeres, de ahí que tenga una cierta fama de misógino.

Hasta que en su vida se cruzó una modesta florista de Covent Garden, Liza Doolittle, que no solo le servirá para ganar una apuesta sino para conocer el amor.

Lionel Logue es un terapeuta australiano, especializado en el habla, que alcanzará su mayor éxito profesional al ser llamado para tratar la tartamudez que el rey Jorge VI padece y que le hace temer el momento en el que deberá dirigirse a su pueblo.

Estas podrían ser las más que someras sinopsis de dos películas de éxito incuestionable, unidas entre sí por un leve hilo, el del habla, a la sazón tema central del número que ustedes tienen entre sus manos.

Así fue que cuando se me planteó la posibilidad de escribir unas líneas pensé que ambos filmes podrían ser el centro de estas modestas disquisiciones. Muchos otros podrían haber sido utilizados, ya que desde que el cine es sonoro el cuidado por aquello que se dice y cómo se dice ha proporcionado magníficos momentos, aunque se diga que en principio el cine es sobre todo imagen.

El mito de Pigmalión, del que podemos saber repasando las *Metamorfosis* de Ovidio, sirvió

de referencia para que el irlandés George Bernard Shaw ideara una obra de teatro en cinco actos que acabó siendo un éxito enorme a principios del siglo pasado. Shaw estaba obsesionado por el mal uso que hacían los británicos de su lengua, con lo que intentó no solo entretener a la platea sino en cierta forma adoctrinarle.

Shaw no estaba del todo de acuerdo con ciertas reglas del inglés y tuvo la ocurrencia de dejar en su testamento los beneficios que se pudieran obtener con su obra, tanto la teatral como la adaptación cinematográfica, para los estudios en pro de un nuevo alfabeto inglés. Estos fondos se revelaron insuficientes, pero cuando la obra se convirtió en comedia musical, con el autor ya fallecido, el asunto reverdecía y se llegó a crear el llamado alfabeto Shaviano.

“ Desde que el cine es sonoro, el cuidado por aquello que se dice y cómo se dice ha proporcionado magníficos momentos. ”

La versión para el cine que el irlandés conoció y por la que ganó el Óscar al mejor guión, contó con la presencia de Leslie Howard —el Ashley Wilkes de *Lo que el viento se llevó*— y Wendy Hiller, pero la que conoce la mayoría del público es la que en la década de los sesenta dirigió George Cukor, esta ya directamente basada en el musical de Broadway que habían compuesto Alan Jay Lerner y Frederick Loewe.

Cuando este musical llegó al público culminaba un largo período de gestación, ya que en un principio intentaron la aventura Rodgers y Hammerstein, la pareja que dominó el género durante un par de décadas y que abandonaron la tarea al considerarla imposible. Los que tomaron el relevo, que contaban

ya en su haber con los éxitos de *Brigadoon* y *Paint your wagon* (*La leyenda de la ciudad sin nombre* en el cine) suavizaron el final pero mantuvieron en su primera parte unas magníficas escenas sobre la obsesión de Higgins por la pureza en la forma de hablar, ingeniosamente trasvasada a pegadizas canciones. Por ejemplo, cuando intenta que Liza distinga las diferentes formas de pronunciación de los diptongos *ai* o *ei*. La frase que le expone es algo así como “The rain is plain in Spain” Al traducirla al español, como el asunto perdía la gracia, lo sustituyeron ingeniosamente por “La lluvia en Sevilla es una maravilla”, que hay que reconocer también sirve como ejercicio fonético.

Las técnicas del profesor Logue para revertir el problema real son tan aparentemente duras como las de Higgins, aunque el trato que debe en teoría dispensar a su paciente es muy distinto. Se trata de hablar con su rey, lo que puede inhibirle a uno para hacer correctamente su trabajo. Y ahí es donde el talento y la profesionalidad del australiano triunfa, ya que en cierta forma olvida con quién está tratando, y todo ello unido a que el propio rey se baja de su pedestal, conduce al éxito final.

En el caso de Jorge VI no se trata, obviamente, de que no sepa hablar bien la lengua inglesa. De hecho, como persona de nacimiento noble, la utiliza correctamente, pero lisa y llanamente se atasca al hablar. Y eso, que en la vida ordinaria lo puede disimular, ante los micrófonos de la radio en la que tiene que emitir el discurso que da título a la película, es otra cosa.

La película no solo gozó del beneplácito del público sino que se llevó cuatro Óscar, los de más peso, incluido el de mejor actor para Colin Firth en el papel de rey. Curiosamente no fue nominado George Rush, magnífico como acostumbra en el de terapeuta.

Reunió el filme varias de las condiciones para que una película sea del agrado general: un tema histórico reconocible, una ambientación exquisita —como inglesa que era—, una aproximación a personajes famosos que los humanizaba, unos actores competentes y un tema que no era ni vulgar ni excesivamente complicado de entender. Porque aquí el problema del habla no era la búsqueda de la exquisitez como la que practicaba Higgins, sino la solución de un asunto que incluso resulta bastante común: quién no ha conocido a alguien que se atasca al hablar.

“ Considero que el correcto uso de la lengua materna es fundamental. ”

Considero que el correcto uso de la lengua materna es fundamental. De acuerdo que es mucho mejor dominar otros si es posible, pero siempre con la base de una buena utilización del nuestro. En nuestro país hemos sido dotados con un idioma amplio, complejo, con pedigrí, que con mucha frecuencia maltratamos. Y lo que es peor, se maltrata en medios públicos, que deberían tener entre sus misiones todo lo contrario, dado su potencial como ejemplo.

Estas dos películas, además de entretenernos, nos dejaron claro la importancia y la posibilidad de hablar clara y correctamente. Por esa razón pienso que era procedente recordarlas.